

Ramón Xirau, poeta y persona

James Valender

Dice el poeta Jaime Gil de Biedma que “toda idea del edén es fundamentalmente simple; si no, no sería edén”.¹ El paraíso de Ramón Xirau no es ninguna excepción a esta regla. Aunque llega a expresar experiencias de indudable complejidad, está hecha a base de elementos más bien sencillos, que el poeta va fijando con trazos rápidos y seguros. En el centro del cuadro está el mar, un mar siempre igual a sí mismo y, sin embargo, siempre cambiante. Un mar que está sujeto, como la vida toda, al cambio de las horas. De día, las olas se transparentan encendidas por la luz; de noche, iluminadas por una energía oscura, no menos luminosa e indescifrable. Y entre uno y otro extremo temporal, las matizaciones del claroscuro: las transfiguraciones del alba y del atardecer. Como único intruso: el aire, que levanta la blanca espuma o que pasea su cuerpo por las blancas velas de las barcas que recorren el agua... Del agua pasamos a las barcas, primer indicio de la presencia de vida humana. Y de las barcas a la playa, a la tierra de la orilla, donde crecen árboles, con sus ramas, hojas y frutos: paraíso terrestre mecido, como las olas, por el aire y la luz. La brisa corre de mar a tierra y de tierra a mar, confundiendo el verdor del naranjo con la luz dorada de la ola. El mar se perfila como un campo arado: el campo, como un mar de cristal verde.

Sobre este luminoso trasfondo, o composición de lugar, empieza a desarrollarse la acción poética propiamente dicha. Como si fuera la consecuencia de tanta hermosura acumulada, el paisaje de repente se

sume en un sueño, en un trance de vida lenta y morosa, respirando con un ritmo cada vez más pausado. El ritmo normal de la vida se va deteniendo y, conforme se inmoviliza, otro ritmo muy distinto empieza a hacerse sentir: un ritmo que tiende a cargar las cosas de una energía y una densidad, una ligereza y una transparencia, que antes no tenían. De esta manera, como en un cuadro de Chagall, los elementos que conforman el mundo empiezan a levitar: a gravitar hacia arriba y hacia adentro. Naranjas, ramas, playas y barcas, olas y hojas, cestos y remos, mesas y velas, pájaros y peces: en un instante de intensa concentración, todas las formas del mundo (como todas las vocales del poema), liberadas de su peso cotidiano, empiezan a bailar, movidas por la presencia resplandeciente de lo que las une y las trasciende. El mundo de repente alcanza su plenitud y, junto con el mundo, todo aquel que lo contempla. En “Playa del mundo”, poema dedicado a Octavio Paz, leemos, por ejemplo:

La luz de los naranjos.
Todo universo es árbol,
cae en el sueño de tu cuerpo,
se duerme
en los párpados del agua.

En la noche de tus ojos
ascendían las barcas;
el naranjo colgaba
cielo adentro
olas doradas de la tarde.

Sueño de los naranjos
cerca del tiempo incierto,
nacen y crecen, viven,
árbol de luz, las playas.

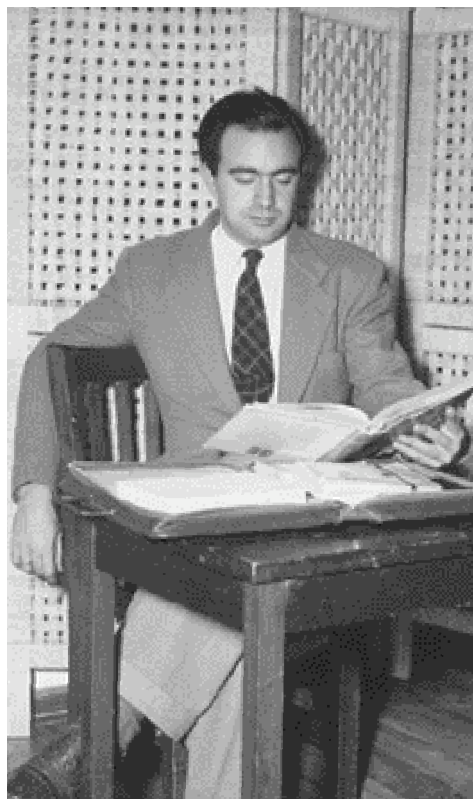
El mundo es sabio en el camino
de los amarillos eternos, enamorados
[del aire].²

² Ramón Xirau, “Playa del mundo”, *Poemas / Poemas*, edición bilingüe, selección y traducción de Andrés Sánchez Robayna, Ediciones Toledo, México, 1990, p. 13.

¹ Jaime Gil de Biedma, “Luis Cernuda y la expresión poética en prosa”, en *El pie de la letra. Ensayos 1955-1979*, Crítica, Barcelona, 1980, p. 330.



Con Xavier y Antonio en Llansà



Dando clases en el IFAL, 1967

“Las ideas”, decía Jaime Gil de Biedma, en el mismo texto que cité más arriba,

sean simples o complejas, son siempre genéricas y, en tanto que tales, pueden hacer a la literatura de creación más daño que un buey en un tejado. Lo que en un poema importa no son las ideas, sino la humana relación con ellas que él expresa.³

Partiendo de esa observación, podríamos decir que una de las cosas que más le agradecemos al poeta Ramón Xirau (que, como todos sabemos, también dedicó muchas horas a la filosofía) es haber evitado dar gato por liebre; es decir, es haber sabido respetar las diferencias que separan la expresión poética del discurso filosófico. Con esto no quiero decir que su poesía no se apoye en cierta concepción de la vida humana, sino más bien que, como señala Jaime Gil, esto no es lo más importante; lo que importa es más bien la entrega humana con la que el poeta la ha asumido. Porque, desde luego, su poesía no representa para él una simple actividad intelectual o artística, mediante la cual cobrar cierta fama o

notoriedad: es algo consustancial con su vida misma, con su forma de ver y estar en el mundo. De ahí su fidelidad a un mismo grupo de imágenes que, al reiterarse, van adquiriendo cada vez mayor pureza, mayor intensidad. Veamos otro ejemplo: estos versos del poema “Barcas del mar azul”:

El arco de la luz
a pesar de Dolor, canta, todo canta,
cuando las naranjas maduras, en el
[campo
verde caen y son luz,
ah, mar, de barcas, barcas, barcas,
en la bahía abierta, en el cristal
de la bahía de las barcas, barcas, cuando
las naranjas se abren en el cielo.⁴

Sospecho que éstos fueron algunos de los versos “anaranjados” que le oí al propio Ramón Xirau recitar hace ya más de veinte años en un Festival Internacional de Poesía organizado por el Instituto Nacional de Bellas Artes. Espero no equivocarme. En todo caso, sé que aquel recital constituyó mi primer encuentro con el poeta y con su poesía. Hasta entonces Ramón Xirau era para mí el autor de numerosos ensayos literarios muy sugerentes. Sabía que también había publicado poesía, pero, por la razón que fuera, yo no me había asomado todavía a ella. Esa noche fueron muchos, y de países muy diversos, los poetas que intervinieron. Recuerdo que el público, que había llenado el Teatro de la Ciudad, aplaudió con especial entusiasmo la vehemencia política y social del norteamericano Allen Ginsberg; aunque reseró sus ovaciones más ruidosas para el chiapaneco Jaime Sabines, quien, con su “mortal cariño” en una mano y su legendario cigarro en la otra, sedujo por completo a su público comportándose como el gran Humphrey Bogart que era de la poesía mexicana contemporánea... Sin embargo, para mí la verdadera novedad del festival fueron los poemas de Xirau. El mundo evocado en ellos me pareció, definitivamente, uno de los más atractivos, es decir, uno de los más afines a mis propias inquietudes. El mito del Mediterráneo... ¿Quién

puede resistir su hechizo, sobre todo cuando es recreado, como en estos poemas, en términos tan puramente líricos? Yo, desde luego, no supe (ni quise) ofrecer resistencia alguna.

No sé si fue esa misma noche, o a raíz de otro recital de fecha posterior, cuando conocí por primera vez a Ramón y a Ana María Xirau en persona. Lo que sí recuerdo es que el lugar del encuentro fue la casa de mi amigo y futuro cuñado, Manuel Ulacia, quien con gran generosidad y entusiasmo organizaba entonces unas cenas verdaderamente espléndidas, no sólo para sus amigos de México, sino también para todo escritor, poeta o artista que estuviera de paso por este país. Esa noche recuerdo que llegaron de repente unas dos o tres docenas de poetas extranjeros con cuya presencia Ulacia no contaba. El anfitrión se metió en seguida a la cocina a resolver el problema de cómo dar de comer a tantas bocas nuevas. Pero, mientras tanto, los comensales empezaron a servirse. El plato de entrada era un impresionante huachinango de unos dos o tres kilos, que sin duda hubiera alcanzado perfectamente para las doce personas que originalmente éramos, pero que tenía que repartirse con cuidado si iba a alcanzar para los cuarenta en que (algo inesperadamente) nos acabábamos de convertir. El primero en servirse fue un poeta noruego: un hombre de pelo rubio larguísimo, que medía por lo menos unos dos metros de altura. Quizás acostumbrado a comer pescado con pala, ya que no con tenedor, se sirvió por lo menos un kilo y medio del mencionado huachinango, suponiendo, con toda seguridad, que le iba a tocar un pescado entero, de iguales dimensiones, a cada invitado. Detrás de él, en la fila que ya empezaba a formarse, venía Ana María Xirau, quien, en un inglés impecable, salvó la situación:

I don't know whether you realize, but there are another thirty-nine people after you who would also like to eat!

El pálido noruego se sonrojó y en seguida regresó la mayor parte de lo que, con tanta ilusión, acababa de trasladar de la mesa a su plato. Xirau, que acompañaba a su esposa, me miró con una enorme sonrisa en la cara; el episodio le había hecho

⁴ Ramón Xirau, “Barcas del mar azul”, *Poemas / Poemas*, p. 39.

³ Jaime Gil de Biedma, *loc. cit.*

mucha gracia y buscaba con quién compartir la broma.

En esa casa Xirau era evidentemente algo más que un simple invitado: era alguien que despertaba una confianza muy especial. Yo sabía que había ayudado mucho a Ulacia a arrancar en su carrera como poeta: había colocado los primeros versos suyos en diversas revistas mexicanas; había apoyado *El Zaguán*, la revista que Ulacia y otros de su generación habían lanzado en 1974; había reseñado sus primeros libros y también lo había presentado a diversas figuras importantes del mundo literario del momento. Todo esto había sido muy importante para el joven poeta en ciernes, como éste mismo siempre reconocía. Pero lo que Ulacia más apreciaba, y de esto estoy seguro, era la amistad personal que el otro le brindaba. En un medio literario y artístico en donde las amistades son casi siempre relaciones de conveniencia, encontrarse con un verdadero amigo personal es un acontecimiento casi milagroso. Y, sin embargo, esto fue lo que Ulacia descubrió en Xirau y lo que el mismo Xirau me ofreció, estoy seguro, mientras me sonreía esa noche desde el otro lado del inmenso plato de huachinango que el poeta noruego se acababa de servir...

Pero he hablado de todo menos de lo que debo. ¿Cuál es la imagen que me ha dejado la persona de Ramón Xirau? Confieso que cuando me enteré del tema de la mesa en la que me tocaba participar me entró mucha inseguridad. Porque, desde luego, para un inglés como yo, educado en los rigores del protestantismo, no hay nada más reprobable que hablar de cosas personales. Es la obra (es decir, el trabajo) lo único que importa; la persona va sobrando. Ya lo dijo Eliot en una frase que se ha hecho muy famosa:

Cuanto más perfecto el artista, más separados se hallarán en él el hombre que sufre y la mente que crea.⁵

Noción antipática si la hay, ya que, entre otras cosas, supone que si el hombre

viene a este mundo es sólo para sufrir o, en todo caso, si es artista, sólo para recrear una vida de sufrimiento. Educado bajo esta severa disciplina, me resulta (repito) muy difícil hablar de la personalidad de Xirau. Pero, en fin, ya que no quisiera soslayar por completo el encargo, para terminar propongo referirme muy brevemente a lo que él mismo entendía por la palabra “persona”.

Las ideas de Ramón Xirau sobre esta cuestión se resumen muy bien, me parece, en un ensayo suyo titulado, precisamente, “El hombre como persona”, texto publicado en la primavera de 1982, en *Diálogos*, la gran revista literaria y cultural que el propio Xirau dirigió para El Colegio de México entre 1964 y 1985. El ensayo parte de la idea de que si bien todos somos seres humanos, no todos, en cambio, somos personas. De hecho, a raíz de la masificación que caracteriza las sociedades modernas, son cada vez menos los seres que alcanzan dicha categoría humana. El problema, según nuestro poeta, es que no sabemos *estar* en el mundo. Y si hemos perdido esa sabiduría (la de saber estar en el mundo), es precisamente porque hemos querido hacer

del hombre la medida de todas las cosas; porque hemos querido olvidar los lazos que nos vinculan amorosamente con los demás mortales a la vez que nos subordinan a un principio trascendental. Para decirlo con palabras de Luis Cernuda, hemos querido “ser hombres sin adorar a dios alguno”.⁶ Para Xirau la creencia en algún principio divino resulta absolutamente imprescindible, porque sólo así podemos dar unidad y sentido a una existencia que, de otra manera, se fragmenta, se desmorona y se aniquila.

El “estar” —explica Xirau— la estancia del hombre en el mundo, la ‘morada’ en esta tierra, dependen, en buena medida, de una forma de ver el tiempo. Si lo vemos desde

⁶ Luis Cernuda, “La adoración de los magos”, en *Obra completa 1. Poesía completa*, edición de Derek Harris y Luis Maristany, Siruela, Madrid, 1993, p. 305. El propio Xirau subraya el valor paradigmático de este verso en su ensayo “Luis Cernuda vivo”. Véase Xirau, *Entre la poesía y el conocimiento. Antología de ensayos críticos sobre poetas y poesía iberoamericanos*, prólogo de Adolfo Castañón, selección de Josué Ramírez y Adolfo Castañón, Fondo de Cultura Económica, México, 2001, p. 386.



Con Ana María en un día de campo, 1951

⁵ T. S. Eliot, “Tradition and the individual talent”, en *Collected Essays*, Faber & Faber, Londres, 1972, p. 18. La traducción es mía.



Con sus padres en México, 1940



Con Ana María en Xalapa, 1947

dentro, desde nuestra intimidad, el presente no es fugaz: es lo que somos toda la vida, aquello en que *estamos* de verdad.

Estas palabras confirman la íntima relación que existe para él entre la creatividad artística y la realización espiritual del hombre: ambas dependen de una misma actitud de recogimiento interior, de una misma voluntad de recoger el pasado y el futuro en una sola presencia intemporal:

Vivir en el *estar*—agrega Xirau— es hacer presente lo pasado para que viva en nuestro constante *a h o r a*, es atención a la vida, es interioridad.

Sin embargo, sería un error suponer que dicho recogimiento supone una vida de contemplación solitaria. Al contrario, tal y como el escritor insiste a renglón seguido:

La persona es recogimiento, es intimidad, pero es también entrega y compromiso, desde su estancia, con la estancia, comprometida, de las demás personas vivas.

Afirmación contundente que deja en evidencia dos de las razones principales por las que Xirau se ha convertido en una per-

sona tan entrañable para los que tenemos el privilegio de conocerlo: por un lado, su capacidad de entrega afectiva y, por otro, su profundo respeto a la forma de ser, o de estar, del prójimo. De esta manera vemos cómo su ética, lo mismo que su estética, finalmente supone una experiencia compartida: cada quien forja su propia libertad, pero siempre en diálogo con los demás.

No hablemos tanto del hombre como persona —concluye el poeta— hablemos del hombre persona, este hombre libre que al mismo tiempo sabe hasta qué punto es difícil alcanzar la libertad, este hombre religado al mundo, a las personas concretas y, para quienes lo quieran así, al Otro, a la Persona en su morada.⁷

Este “Otro”, esta “Persona en su morada” es desde luego Dios, presencia ultraterrena cuya mención causa incomodidad en muchos círculos artísticos e intelectuales hoy en día, pero que no podemos pasar por alto si queremos comprender la amorosa visión de mundo que el poeta tiene y defiende. Puede ser que otros no queramos

(o no podamos) sentirnos religados a esa presencia suprema que él invoca. Pero esto no impide que Ramón Xirau siga asumiendo su compromiso con los demás. Ahí está su amistad, siempre abierta al otro, siempre incondicional. Y ahí está también esa otra expresión de su persona, su poesía. ¿Cómo no sentirnos consolados y fortalecidos cuando leemos versos tan intensos y tan cristalinos como éstos?:

Nuestro Otro, todo es claro en el paisaje,
las velas en el mar, los sauces en el campo,
el amor en los ojos, los soles hacia el sol,
claror del mundo, claror de nuestro sol,
olas, olas, ríos breves,
ah, playas

el limonero todo verde
ilumina el espacio

y lentamente, enamoradamente, todo
[es belleza.

Todo es sencillo, todo claro.
Mirad:
el mundo es tal como se ve.⁸

⁷ Ramón Xirau, “El hombre como persona”, en *Diálogos*, México, núm. 104, marzo-abril 1982, p. 38-39.

⁸ Ramón Xirau, “Nuestro Otro, todo es claro en el paisaje...”, en *Poemes / Poemas*, p. 53.